

El chino Li-Hung-Chang

UNO DE LOS HOMBRES MAS NOTABLES DEL MUNDO

李
鴻
章

LA TARJETA DE LI-HUNG-CHANG

(a tamaño exacto.)

El célebre general Grant, presidente que fué dos veces de los Estados Unidos, acostumbraba á decir que no conocía más que un verdadero hombre de Estado, que era Li-Hung-Chang, el gran político chino, cuya muerte anunció hace pocos días el telégrafo, y que durante largos años ha sido el dueño de todo en su país, el verdadero monarca de aquel inmenso imperio. La misma opinión que Grant tenía Bismarck.

Luchando contra la inercia de medio siglo de siglos y contra la enemistad rabiosa de la casi totalidad del mundo oficial, Li ha transformado á China, poniéndola en camino de ser un Estado á la moderna; creó y organizó un ejército respetable, una marina de guerra compuesta de acorazados, y magníficas defensas de costa, á las que sólo faltaban guarderías prácticas; introdujo el ferrocarril y el telégrafo en su país, y fué, en toda la extensión de la palabra, un revolucionario manso al mismo tiempo que el diplomático más habilidoso que ha conocido la historia.

Li-Hung-Chang era lo que los ingleses llaman un *self made man*, es decir, que todo lo debía á sí mismo. Su padre era un pobre mandarín literato de última fila. Li-Hung-Chang hizo con gran brillantez sus estudios, y alcanzó un puesto en la Administración pública. Cuando la campaña contra los taepings, Li fué agregado al cuartel general del jefe de las tropas imperiales. Allí prestó tan buenos servicios, que ascendió rápidamente y llegó á ser un personaje, cuyos consejos eran muy buscados por el general.

Por aquel entonces un aventurero yanqui, marino de profesión, levantó en Shanghai una partida de voluntarios, á los cuales organizó maravillosamente, gracias á una rigida disciplina; con ellos venció innumerables veces á los insurrectos, les cogió ciudades y se hizo tan célebre, que el gobierno imperial y las potencias extranjeras tuvieron que contar con él; y á su muerte, ocurrida durante la campaña, los chinos le consagraron un templo en la ciudad sagrada de Songkiang, otorgándole de este modo los honores de la apoteosis en el panteón chino. En cuanto á sus tropas, los decretos imperiales las llamaban «el siempre victorioso ejército», y con este nombre las conoce la historia.

Las victorias del yanqui Ward abrieron los ojos de Li-Hung-Chang sobre la inmensa superioridad que da á una fuerza organizada y disciplinada sobre un ejército mal organizado. Sin dispersar las tropas de Ward, á cuyo frente puso al general Gordon, Li-Hung-Chang organizó á su vez un ejército enteramente por el sistema europeo, y gracias á sus fuerzas y á las de Gordon tuvo fin la insurrección de los Taepinks, que había hecho peligrar á la dinastía.

Cuando la toma de Nankin, que puso término á la guerra, á Gordon le dieron la «chaqueta amarilla», suprema distinción en China, el título de general en jefe y una gran cantidad de dinero, que el austero inglés devolvió inmediatamente. Li-Hung-Chang alcanzó entonces como recompensa á sus servicios los más altos honores: los cargos de tutor del heredero del trono y de gobernador general de Nankin, el título hereditario de tercer grado, la pluma de pavo real con dos ojos y la chaqueta amarilla.

Jamás se había visto carrera tan rápida en China, así es que Li tuvo que luchar con la envidia y la enemistad de todos los altos funcionarios de la corte. Habiendo ocurrido al año siguiente una insurrección local en Nienfei, le encargaron que la reprimiese. Mal secundado por su gente, dejó ésta escapar al enemigo después de tenerle casi cercado. A los pocos días se promulgaba un decreto imperial privando á Li de la pluma de pavo real, de la chaqueta amarilla y del título hereditario. Continuó, sin embargo, al frente de las tropas, y no tardó en conseguir una victoria completa y decisiva sobre los insurrectos. Entonces le devolvieron sus honores, acrecentándolos con otros nuevos; entre ellos, le dieron un puesto importante en el gobierno.



LI-HUNG-CHANG Y SU NIETO

Pero la lección recibida había sido dura, y Li-Hung-Chang resolvió en su fuero interno dominar á la corte y hacerla esclava suya; para ello conservó el ejército que había organizado contra los insurrectos, lo dotó de poderosa artillería, le dió instrucción militar completa, en la que le ayudaron una porción de oficiales alemanes, y cuando se sintió con fuerzas bastantes, esperó la ocasión de revelarse tal cual era.

En efecto, llegó un día en que de la corte le vino la orden de presentarse en Pekín para explicar ciertos actos. Li no hizo caso. La orden se repitió dos veces en términos más imperativos. Li continuó muy tranquilo en Tien-Tsin. Por último, llegó una nueva orden á raja tabla y amenazadora, disponiendo que sin pérdida de momento el virrey se presentara en Pekín. Li-Hung-Chang contestó en el acto: «Me pongo en camino en este momento. Prepárese alojamiento para los cincuenta mil hombres que llevo conmigo». La corte, aterrada, le contestó: «Podéis permanecer en Tien-Tsin».

Desde entonces Li-Hung-Chang no ha ido á Pekín más que cuando ha querido. Buena prueba de ello es que antes y después de la insurrección de los boxers, la emperatriz lo mandó llamar una porción de veces, á pesar de lo cual Li-Hung-Chang no fué á verla sino cuando creyó que no corría peligro en hacerlo, y que la opinión de la soberana estaba suficientemente madura para inclinarse á la necesidad de tratar con las potencias.

Se ha dicho y repetido infinidad de veces que Li era el hombre más rico de la tierra. Un escritor le atribuía recientemente una fortuna de 500 millones de pesos oro. Añadiase que era un gran hombre de negocios. El fué quien creó en China las primeras fábricas de hilados y de tejidos de algodón, y antes de la guerra aquellas fábricas, únicas en China, disfrutaban de un verdadero monopolio, lo cual hubiera bastado para crear una fortuna fabulosa. De igual modo la única vía férrea que existió en China hasta hace pocos años, era propiedad suya; tenía un recorrido de 333 kilómetros, y gracias á ella habían podido ponerse á la explotación importantes minas de carbón y de hierro, propiedad también del poderoso virrey.

Otros escritores afirman, en cambio, que Li era pobre como una rata y que todo el dinero que recaudaba de las minas, de las fundiciones, del ferrocarril, etc., lo empleaba hasta el último céntimo en mejoras militares y navales para su país. Así lo afirma un escritor americano que hace poco publicó acerca del virrey un estudio muy completo, cuyas notas le fueron facilitadas por el secretario europeo de Li.

El último escritor distinguido europeo que ha visitado á Li-Hung-Chang fué Pierre Loti, el cual no hace muchas semanas, en un artículo que publicó en *Le Figaro*, se extrañaba del aspecto miserable del exterior de la casa en que estaba alojado Li-Hung-Chang en Pekín, y exclamó: «Es posible que viva ahí ese Li-Hung-Chang, rico como Aladino, dueño de palacios y de maravillas, que fué uno de los favoritos más permanentes de la emperatriz y una de las glorias de China». Y en otra parte del mismo artículo describe la túnica vieja, manchada y raída que llevaba puesta el virrey cuando le recibió.



Dónde guardan sus joyas los reyes

Las joyas de la familia imperial de Rusia constituyen una de las colecciones más valiosas del mundo; solo la gran duquesa Olga, que es una niña, posee piedras preciosas por valor de veinticuatro millones de pesetas. Todas las joyas de la familia están depositadas en una fortaleza cuya guardia la forman ciento ochenta oficiales retirados del ejército. Estos reciben muy buen sueldo, y no se admite en la guardia más que aquellos que tienen bien acreditados su valor y su honradez. Parte, sin embargo, de las joyas del Zar se conservan en distintos Bancos de Londres y de París, como precaución en caso de que ocurriera algún movimiento revolucionario en Rusia.

El tesoro de la familia real italiana está oculto en las bóvedas subterráneas de una fortaleza situada en una pequeña isla en el Tíber.

Las joyas de la corona de Alemania se guardan en uno de los palacios imperiales; pero no todas, pues muchas de ellas están, con las rusas, depositadas en Bancos extranjeros.

Sorprenderá á muchos saber que el príncipe de Bulgaria posee piedras preciosas por valor de unos treinta y seis millones de pesetas. Las guarda en un castillo á orillas del Danubio.

El rey de Servia tiene también depositadas la mayor parte de las alhajas en el extranjero, principalmente en Londres, París y Viena. Posee algunos diamantes muy hermosos que no tienen rival en ninguna corte de Europa, y un collar de rubíes por el cual dieron una vez de empeño cerca de tres millones de reales.